

PSICOANÁLISIS
Y POESÍA
ES
PSICOANÁLISIS

Freud

EXTENSIÓN

UNIVERSITARIA

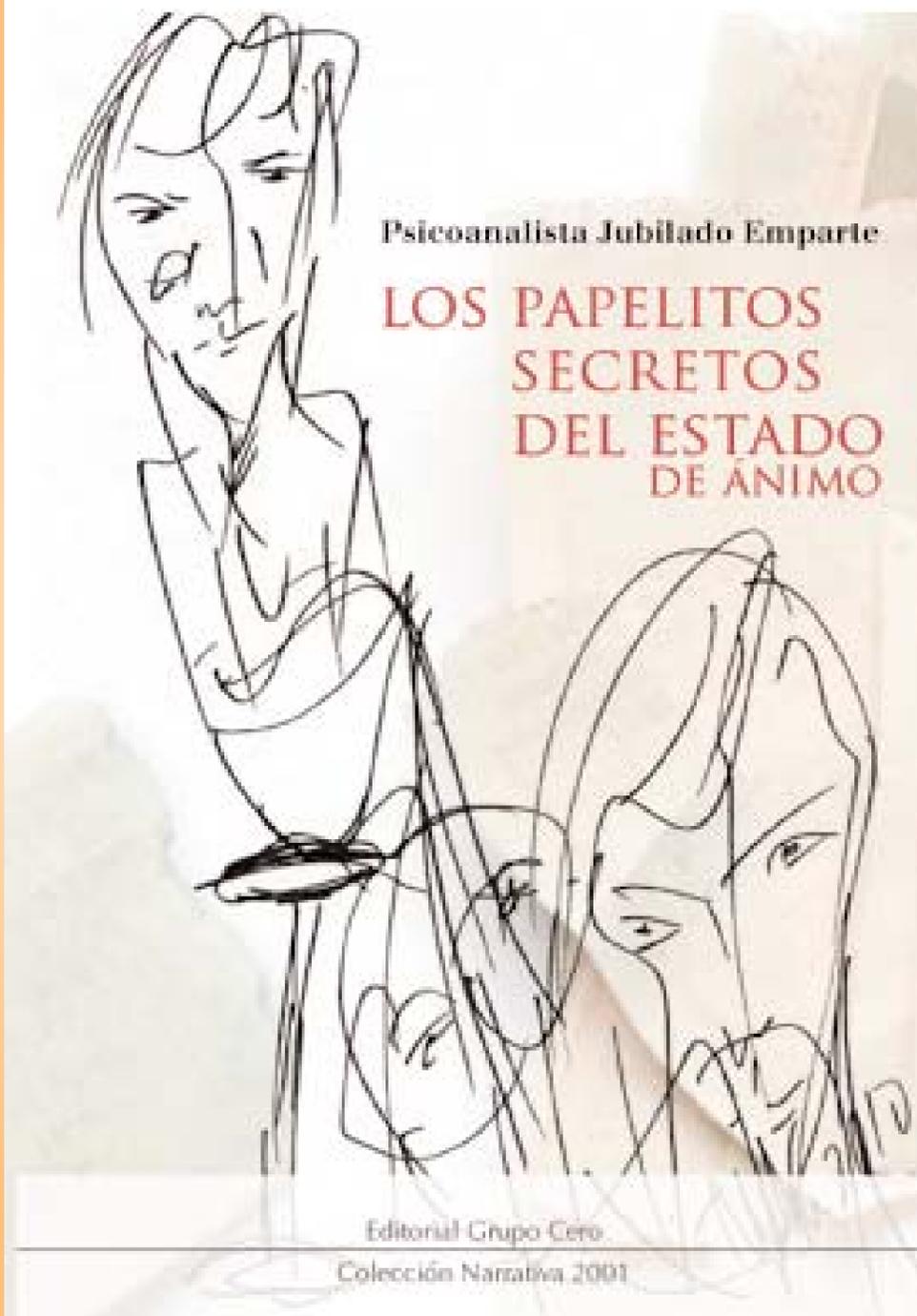
REVISTA DE PSICOANÁLISIS

N.º 120 ENERO 2011 125.000 Ejemplares de DIFUSIÓN GRATUITA

AGRADEZCO

a todos los que
me fueron dictando,
una a una,
todas las palabras:
a todos los canales
de televisión
a todos los diarios
de Madrid,
a las radios, en general,
a los conductores
de las tertulias
y a los tertulianos

Nombre: Psicoanalista
Apellido del padre: Jubilado
Apellido de la madre: Emparte



"Dios: Yo sólo elegí a San Pedro, el resto se fue eligiendo entre ellos; como pasa en España ¿me entiende?"

"Opinión contrastada: el asma de los niños emperora gravemente con el calentamiento de los padres."

"Un periodista que dice "no tengo ideología", tiene la ideología de los poderosos."

LEA ESTA REVISTA EN INTERNET

www.extensionuniversitaria.com

Desde el N.º 1 (ENERO 1997) al N.º 120 (ENERO 2011)

EXTENSIÓN UNIVERSITARIA: LA REVISTA DE PSICOANÁLISIS DE MAYOR TIRADA DEL MUNDO

(Viene de Extensión Universitaria n.º 119)

III LACAN Y EL DISCURSO DE LA LIBERTAD

Tenemos, a cada instante, que volver a preguntarnos por qué estamos tan interesados en la cuestión del delirio.

Para comprenderlo, basta recordar la fórmula a menudo empleada por algunos, imprudentemente, respecto al modo de acción del análisis, a saber, que nos apoyamos en la parte sana del yo. ¿Hay acaso ejemplo más manifiesto de la existencia contrastante de una parte sana y una parte alienada del yo, que los delirios que clásicamente se denominan parciales? ¿Hay acaso ejemplo más impactante que la obra de este presidente Schreber que nos brinda una exposición tan sensible, tan atractiva, tan tolerante, de su concepción del mundo y de sus experiencias, y que manifiesta con igual energía asertiva el modo inadmisibles de sus experiencias alucinatorias? Ahora bien, ¿quién pues no sabe -éste es, diría, el hecho psiquiátrico primero- que ningún apoyo sobre la parte sana del yo permitirá ganar un milímetro sobre la parte manifiestamente alienada?

El hecho psiquiátrico primero, gracias al cual el debutante se inicia en la existencia misma de la locura en cuanto tal, conduce a abandonar toda esperanza: toda esperanza de cura por ese rodeo. Por eso mismo, *hasta la llegada del psicoanálisis siempre fue así*, cualquiera sea la fuerza más o menos misteriosa a la que se recurriese, afectividad, imaginación, cenestesia, para explicar esta resistencia a toda reducción razonante de un delirio que se presenta sin embargo como plenamente articulado, y accesible en apariencia a las leyes de coherencia del discurso. El psicoanálisis aporta, en cambio, una sanción singular al delirio del psicótico, porque lo legitima en el mismo plano en que la experiencia analítica opera habitualmente, y reconoce en sus discursos lo que descubre habitualmente como discurso del inconsciente. No aporta sin embargo el éxito en la experiencia. Este discurso, que emergió en el yo, se revela -por articulado que sea, y podría admitirse incluso que está invertido en su mayor parte, puesto en el paréntesis de la *Verneinung*- irreductible, no manejable, no curable.

En suma, podría decirse, el psicótico es un mártir del inconsciente, dando al término mártir su sentido: ser testigo. Se trata de un testimonio abierto. El neurótico también es un testigo de la existencia del inconsciente, da un testimonio encubierto que hay que descifrar. El psicótico, en el sentido en que es, en una posición que lo deja incapacitado para restaurar auténticamente el sentido de aquello de lo que da fe, y de compartirlo en el discurso de los otros.

Intentaré hacerles ver *qué diferencia hay entre discurso abierto y discurso cerrado a partir de una homología*, y verán que hay en el mundo normal del discurso cierta disimetría y que ya esboza la que está en juego en la oposición de la neurosis con la psicosis.

Vivimos en una sociedad donde no está reconocida la esclavitud. Para la mirada de todo sociólogo o filósofo, es claro que no por ello está abolida. Incluso es objeto de reivindicaciones bastante notorias. Está claro también, que si la servidumbre no está abolida, se puede decir que está generalizada. *La relación de aquellos a los que llamamos explotadores no deja de ser una relación de servidumbre respecto al conjunto de la economía, al igual que la del común. Así, la duplicidad amo-esclavo está generalizada en el interior de cada participante de nuestra sociedad.*

La servidumbre intrínseca de la conciencia en este estado desdichado debe relacionarse con el discurso que provocó esta profunda transformación social. Podemos llamar a ese discurso el mensaje de fraternidad. Se trata de algo nuevo, que no sólo apareció en el mundo con el cristianismo, puesto que ya estaba preparado por el estoicismo, por ejemplo. Resumiendo, tras la servidumbre generalizada, hay un mensaje secreto, un mensaje de liberación, que subsiste de algún modo en estado reprimido.

¿Ocurre lo mismo con lo que llamaremos el discurso patente de la libertad? De ningún modo. Hace algún tiempo se cayó en cuenta de una discordia entre el hecho puro y simple de la revuelta y la eficacia transformadora de la acción social. Diré incluso que toda la revolución moderna se instituyó en base a esta distinción, y a la noción de que el discurso de la libertad era, por definición, no sólo ineficaz, sino profundamente alienado en relación a su meta y a su objeto, que todo lo demostrativo que se vincula con él es, hablando estrictamente, enemigo de todo progreso en el sentido de la libertad, en tanto que ella puede tender a animar algún movimiento continuo en la socie-

dad. Persiste sin embargo el hecho de que ese discurso de la libertad se articula en el fondo de cada quien representando cierto derecho del individuo a la autonomía.

Un campo parece indispensable para la respiración mental del hombre moderno, aquel en que afirma su independencia en relación, no sólo a todo amo, sino también a todo dios, el campo de su autonomía irreductible como individuo, como existencia individual. Esto realmente es algo que merece compararse punto por punto con un discurso delirante. Lo es. No deja de tener que ver con la presencia del individuo moderno en el mundo, y en sus relaciones con sus semejantes. Seguramente, si les pidiese que formularan, que dieran cuenta de la cuota exacta de libertad imprescriptible en el estado actual de cosas, e incluso si me respondieran con los derechos del hombre, o con el derecho a la felicidad, o con mil otras cosas, al poco andar nos percataríamos de que es en cada uno un discurso íntimo, personal, y que para nada coincide en algún punto con el discurso del vecino. Resumiendo, *me parece indiscutible la existencia en el individuo moderno de un discurso permanente de la libertad.*

Ahora, ¿cómo puede este discurso ponerse de acuerdo no sólo con el discurso del otro, sino con la conducta del otro, por poco que tienda a fundarla abstractamente en este discurso? Es un problema verdaderamente descorazonador, y los hechos muestran que hay, a cada instante, no sólo composición con lo que efectivamente cada quien aporta, sino más bien abandono resignado a la realidad. De igual manera, nuestro delirante, Schreber, luego de haber creído ser el sobreviviente único del crepúsculo del mundo, se resigna a reconocer la existencia permanente de la realidad exterior. No puede justificar muy bien por qué la realidad está ahí, pero debe reconocer que lo real efectivamente siempre está allí, que nada ha cambiado notablemente. Esto es para él lo más extraño, porque pertenece a un orden de certeza inferior al que le brinda su experiencia delirante, pero se resigna a él.

Obviamente, nosotros confiamos mucho menos en el discurso de la libertad, pero en cuanto se trata de actuar, y en particular en nombre de la libertad, nuestra actitud ante lo que hay que soportar de la realidad, o de la imposibilidad de actuar en común en el sentido de esa libertad, tiene cabalmente el carácter de un abandono resignado, de una renuncia a lo que sin embargo es una parte esencial de nuestro discurso interior, a saber, que tenemos no sólo ciertos derechos imprescriptibles, sino que estos derechos están fundados en ciertas libertades primordiales, exigibles en nuestra cultura para todo ser humano.

Hay algo irrisorio en ese esfuerzo de los psicólogos por reducir el pensamiento a una acción comenzada, o a una acción elidida o representada y por asignarla a lo que se supone coloca siempre al hombre a nivel de la experiencia de un real elemental, de un real de objeto que sería el suyo. Es harto evidente que el pensamiento constituye para cada quien algo poco estimable, que podríamos llamar una vana rumiación mental: ¿pero por qué desvalorizarla?

Todos se plantean a cada momento problemas que tienen estrechas relaciones con esas nociones de liberación interior y de manifestación de algo que uno tiene incluido en sí. *Desde este punto de vista, se llega rápidamente a un impasse*, dado que todo tipo de realidad viviente inmersa en el espíritu del área cultural del mundo moderno, en lo esencial, da vueltas sobre lo mismo. Por eso volvemos siempre al carácter obtuso, vacilante, de nuestra acción personal, y sólo empezamos a considerar que el problema es confuso a partir del momento en que verdaderamente tomamos las cosas en mano como pensadores, cosa que no le ocurre a cualquiera. Todos permanecemos a nivel de una contradicción insoluble entre un discurso, siempre necesario en cierto plano, y una realidad a la cual, a la vez en principio y de una manera probada por la experiencia, no se coapta.

¿No vemos acaso que la experiencia analítica está profundamente vinculada a ese doble discursivo del sujeto, tan discor-



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2389)

dante e irrisorio, que es su yo? ¿El yo de todo hombre moderno?

¿No es manifiesto que la experiencia analítica se entabló a partir del hecho de que a fin de cuentas, nadie, en el estado actual de las relaciones interhumanas en nuestra cultura, se siente cómodo? *Todos nos sentimos deshonestos con sólo tener que enfrentar el más mínimo pedido de consejo, por elemental que sea, que toque a los principios.* No es simplemente porque ignoramos demasiadas cosas de la vida del sujeto que no podemos responderle si es mejor casarse o no en determinada circunstancia y que, si somos honestos, sentimos que tenemos que mantener nuestra reserva, *es porque la significación misma del matrimonio es para cada uno de nosotros una pregunta que queda abierta, y abierta de tal manera, en lo tocante a su aplicación en cada caso particular, que no nos sentimos capaces de responder cuando somos llamados como directores de conciencia.* Esta actitud, cuya pertinencia puede notar cada quien cada vez que no renuncia a sí mismo para representar un personaje, y que no hace de moralista o de omnisciente, es también la primera condición que cabe exigir de lo que podemos llamar un psicoterapeuta: la psicoterapéutica debe haberle enseñado los riesgos de iniciativas tan aventuradas.

El análisis partió precisamente de una renuncia a toda toma de partido en el plano del discurso común, con sus desgarramientos profundos en lo tocante a la esencia de las costumbres y al estatuto del individuo en nuestra sociedad, partió precisamente de la evitación de este plano. Se atiene a un discurso diferente, inscrito en el sufrimiento mismo del ser que tenemos frente a nosotros, ya articulado en algo que le escapa, sus síntomas y su estructura; en la medida en que la neurosis obsesiva, por ejemplo, no es simplemente síntoma, sino también estructura. *El psicoanálisis nunca se coloca en el plano del discurso de la libertad,* aunque éste esté siempre presente, sea constante en el interior de cada quien, con sus contradicciones y sus discordancias, personal a la vez que común, y siempre, imperceptiblemente o no, *delirante. El psicoanálisis pone la mira sobre el efecto del discurso en el interior del sujeto, en otro lugar.*

En consecuencia, la experiencia de un caso como el de Schreber -o de cualquier otro enfermo que nos diese un informe tan extenso sobre la estructura discursiva- ¿no es susceptible de permitir una aproximación más cercana a lo que significa verdaderamente el yo? *El yo no se reduce a una función de síntesis.* Está ligado indisolublemente a esa especie de bienes inalienables, de parte enigmática necesaria e insostenible, que constituye en parte el discurso del hombre real a quien tratamos en nuestra experiencia, *ese discurso ajeno en el seno de cada quien en tanto se concibe como individuo autónomo.*

2

Nos encontramos ante la cuestión de saber qué permite formular el psicoanálisis en lo tocante al origen de la moral.

¿Se reduce su aporte a la elaboración de una mitología más creíble, más laica que la que se presenta como revelada? -la mitología reconstruida de *Tótem y tabú*, que parte de la experiencia del asesinato primordial del padre, de lo que lo engendra y de lo que se encadena a ella. Desde este punto de vista, la transformación de la energía del deseo permite concebir la génesis de su represión, de tal suerte que la falta en esta ocasión no sólo es algo que se nos impone en su carácter formal -debemos alabarnos por ella, *felix culpa*, pues en ella yace el principio de una complejidad superior, a la cual debe su elaboración la dimensión de la civilización.

¿En suma, todo se limita a la génesis del superyó, cuyo esbozo se elabora, se perfecciona, se profundiza, y se vuelve más complejo a medida que avanza la obra de Freud? Esta génesis del superyó, veremos, no es solamente una psicogénesis y una sociogénesis. A decir verdad, es imposible articularla ateniéndose, respecto a ella, simplemente al registro de las necesidades colectivas. Algo se impone allí, cuya instancia se distingue de la pura y simple necesidad social; esto es aquello cuya dimensión intento aquí permitirles individualizar bajo el registro de la relación del significante y de la ley del discurso. Es aquello cuyo término debemos conservar en su autonomía si queremos poder situar de modo riguroso, incluso simplemente correcto, nuestra experiencia.

Aquí, sin duda, la distinción entre la cultura y la sociedad implica algo que puede considerarse nuevo, incluso divergente, respecto a lo que se presenta en cierto tipo de enseñanza de la experiencia analítica.

Esta distinción -cuya instancia y cuyo acento necesario estoy lejos de ser el único en favorecer, en indicar- espero hacérsela palpar en su localización y en su dimensión en Freud mismo.

Y para llamar de inmediato vuestra atención sobre la obra en la que examinaremos el problema, les designaré *El malestar en*

la cultura, obra de 1929, escrita por Freud luego de la elaboración de su segunda tópica, o sea después de haber llevado a un primer plano la noción, tan problemática empero, de instinto de muerte. Verán expresado allí, en fórmulas cautivantes que, en suma, lo que sucede en el progreso de la civilización, ese malestar que se trata de medir, se sitúa, en relación al hombre -el hombre del que se trata en esta ocasión, en un vuelco de la historia en el que Freud mismo y su reflexión se alojan- muy por encima de él. Retornaremos al alcance de esta fórmula y les haré medir su incidencia en el texto. Pero la creo bastante significativa como para indicársela desde ya y suficientemente ya iluminada por la enseñanza en que les muestro la originalidad de la conversión freudiana en la relación del hombre con el logos.

El malestar en la cultura, con el que les ruego tomen contacto o que vuelvan a leer, no es, en la obra de Freud, algo así como apuntes. No es del orden de lo que se le permite a un practicante o a un sabio, no sin cierta indulgencia, a guisa de excursión en el dominio de la reflexión filosófica, sin darle quizá todo el peso técnico que se le reconocería a una tal reflexión cuando proviene de alguien que se calificaría a sí mismo como formando parte de la clase de filosofía. Este punto de vista demasiado difundido entre los psicoanalistas, debe ser absolutamente descartado. *El malestar en la cultura* es una obra esencial, primera, en la comprensión del pensamiento freudiano y en la intimación de su experiencia. Debemos darle toda su importancia. Ella aclara, acentúa, disipa ambigüedades en puntos cabalmente diferenciados de la experiencia analítica, y de cuál debe ser nuestra posición respecto al hombre, en la medida en que en nuestra experiencia más cotidiana tenemos que vérnosla desde siempre con el hombre, con una demanda humana.

Tal como dije, la experiencia moral no se limita a esa parte destinada al sacrificio, modo bajo el cual se presenta en cada experiencia individual. No está vinculada únicamente con ese lento reconocimiento de la función que fue definida, autonomizada por Freud, bajo el término de superyó y a la exploración de

sus paradojas, a lo que denominé esa figura obscena y feroz, bajo la cual se presenta la instancia moral cuando vamos a buscarla en sus raíces.

La experiencia moral de la que se trata en el análisis es también aquella que se resume en el imperativo original que propone lo que podría llamarse en este caso el ascetismo freudiano -ese *Wo Es war, soll Ich werden*- en el que desemboca Freud en la segunda parte de sus *Vorlesungen* sobre el psicoanálisis. Su raíz nos es dada en una experiencia que merece el término de experiencia moral y se sitúa en el principio mismo de la entrada del paciente en el psicoanálisis.

Ese yo (*je*), en efecto, que debe advenir donde eso estaba y que el análisis nos enseña a medir, no es otra cosa más que aquello cuya raíz ya tenemos en ese yo que se interroga sobre lo que quiere. No sólo es interrogado, sino que cuando avanza en su experiencia, se hace esta pregunta y se la hace precisamente en relación a los imperativos a menudo extraños, paradójicos, crueles, que le son propuestos por su experiencia mórbida.

¿Se someterá o no a ese deber que siente en él mismo como extraño, más allá, en grado segundo? ¿Debe o no debe someterse al imperativo del superyó, paradójico y mórbido, semiinconsciente y que, por lo demás, se revela cada vez más en su instancia a medida que progresa el descubrimiento analítico y que el paciente ve que se comprometió en su vía? Su verdadero deber, si puedo expresarme de este modo, ¿no es acaso ir contra ese imperativo? Esto es algo que forma parte de los datos de nuestra experiencia y asimismo de los datos preanalíticos. Basta ver cómo se estructura al comienzo la experiencia de un obsesivo, para saber que el enigma alrededor del término de deber como tal siempre está formulado para él desde el vamos, antes incluso de que llegue a la demanda de socorro, que es lo que va a buscar en el análisis.

A decir verdad, lo que aportamos aquí como respuesta a un tal problema, pese a estar ilustrado manifiestamente por el conflicto del obsesivo, conserva de todos modos su alcance uni-



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2379)

versal, y a ello se debe el que haya éticas, el que haya una reflexión ética. El deber, sobre el cual hemos arrojado diversas luces -genéticas, originales-, el deber no es simplemente el pensamiento del filósofo que se ocupa de justificarlo.

La justificación de lo que se presenta con un sentimiento inmediato de obligación, la justificación del deber como tal, no simplemente de tal o cual de sus mandamientos, sino en su forma impuesta, se encuentra en el centro de una interrogación ella misma universal.

¿Somos nosotros, analistas, sencillamente en esta ocasión ese algo que acoge aquí al suplicante, que le brinda un lugar de asilo? ¿Somos nosotros sencillamente, y esto ya es mucho, ese algo que debe responder a una demanda, a la demanda de no sufrir, al menos sin comprender? Con la esperanza de que el comprender liberara al sujeto, no sólo de su ignorancia, sino de su sufrimiento mismo.

¿No es evidente, totalmente normal, que los ideales analíticos encuentren aquí su lugar? Ellos no faltan. Florecen abundantemente. Medir, localizar, situar, organizar los valores, como se dice en cierto registro de la reflexión moral, que proponemos a nuestros pacientes, y alrededor de los cuales organizamos la estimación de su progreso y la transformación de su vía en un camino, será una parte de nuestro trabajo. Por el momento, les enumeraré tres de estos ideales.

El primero es el ideal del amor humano.

¿Necesito acaso acentuar el papel que hacemos desempeñar a cierta idea del amor logrado? Este es un término que ya deben ustedes haber aprendido a reconocer, y no sólo aquí, porque a decir verdad no hay autor analítico que no se refiera a él. Saben que elegí a menudo aquí como blanco el carácter aproximativo, vago y mancillado de no sé qué moralismo optimista, por el que están marcadas las articulaciones originales de esa forma llamada la genitalización del deseo. Es el ideal del amor genital -amor que se supone modela por sí solo una relación de objeto satisfactoria -amor médico diría si quisiera acentuar en sentido cómico el tono de esta ideología -higiene del amor, diré para ubicar aquí aquello a lo que parece limitarse la ambición analítica.

Ésta es una cuestión acerca de la cual no nos extenderemos infinitamente, pues la presento incesantemente a vuestra meditación desde que existe este seminario. Pero, para darle aquí un acento más sostenido, les haré observar que la reflexión analítica parece eludir el carácter de convergencia de nuestra experiencia. Ciertamente, este carácter no puede ser negado, pero el analista parece encontrar allí un límite, más allá del cual no le es muy fácil ir. Decir que los problemas de la experiencia moral están enteramente resueltos en lo concerniente a la unión monogámica sería una formulación imprudente, excesiva e inadecuada.

¿Por qué el análisis que aportó un cambio de perspectiva tan importante sobre el amor, colocándolo en el centro de la experiencia ética, que aportó una nota original, ciertamente distinta del modo bajo el cual hasta entonces había sido situado el amor por los moralistas y los filósofos en la economía de la relación interhumana, por qué el análisis no impulsó más lejos las cosas en el sentido de la investigación de lo que deberemos llamar, hablando estrictamente, una erótica? Esto es algo que merece reflexión.

Al respecto, lo que incluí en el orden del día de nuestro próximo Congreso, la sexualidad femenina, es uno de los signos más patentes, en la evolución del análisis, de la carencia que designo en el sentido de una tal elaboración. Apenas es necesario recordar lo que Jones recogió de una boca que, sin duda, nada tiene de especialmente calificada a nuestros ojos, pero que se supone transmitió al menos en su texto correcto, con toda reserva, lo que cosechó de la boca de Freud. Jones nos dice haber recibido de esa persona la confidencia de que un día Freud le dijo algo así: *Después de treinta años de experiencia y de reflexión, siempre hay un punto al que no puedo dar respuesta, y es ¿Was will das Weib? ¿Qué quiere la mujer? Más precisamente -¿Qué es lo que ella desea?- el término will, en esta expresión puede tener en lengua alemana este sentido. ¿Hemos avanzado mucho al respecto? No será vano mostrarles, dada la ocasión, qué suerte de evitación respondió en el progreso de la investigación analítica a una pregunta cuyo iniciador no puede decirse, empero, que haya sido el análisis. Digamos que el análisis, y precisamente el pensamiento de Freud, está ligado a una época*

que había articulado esta pregunta con una insistencia muy especial. El contexto ibseniano de fines del siglo XIX en el que maduró el pensamiento de Freud no podría descuidarse en este punto. Es, en suma, muy extraño que la experiencia analítica más bien haya ahogado, amortiguado, eludido, las zonas del problema de la sexualidad vista desde la perspectiva de la demanda femenina.

Segundo ideal, que es también cabalmente llamativo en la experiencia analítica -lo llamaré el ideal de la autenticidad-.

No necesito, pienso, enfatizar demasiado este punto. No se les escapa que, si el análisis es una técnica de desmascaramiento, supone esta perspectiva. Pero, a decir verdad, esto llega más lejos.

La autenticidad se nos propone no sólo como camino, etapa, escala de progreso. Es también verdaderamente cierta norma del producto acabado, algo deseable, por lo tanto, un valor. Es un ideal, pero en base al que nos vemos llevados a plantear normas clínicas muy finas. Les mostraré su ilustración en las observaciones sumamente sutiles de Deutsch en lo concerniente a cierto tipo de carácter y de personalidad, acerca del cual no puede decirse que esté mal adaptado ni que falle en ninguna de las normas exigibles de la relación social, pero cuya actitud toda, cuyo comportamiento, es percibido en el reconocimiento -¿de quién?- del otro, del prójimo, como marcado de ese acento que ella llama en inglés el *As if*, que en alemán es el *Als ob*. Palpamos aquí cierto registro que no es definido ni simple y que no puede ser situado más que desde las perspectivas morales, que está presente, que dirige, que es exigible en toda nuestra experiencia y conviene medir hasta qué punto nos adecuamos a él.

Es algo armonioso, esa plena presencia, cuyo déficit podemos medir tan finamente como clínicos, nuestra técnica, la que bauticé con el desmascaramiento, ¿no se detiene a mitad de camino respecto a lo que hace falta para obtenerlo? ¿No sería interesante preguntarse qué significa nuestra ausencia en el terreno de lo que podríamos llamar una ciencia de las virtudes, una razón práctica, un sentido del sentido común? Pues, a decir verdad, no se puede decir nunca que intervengamos en el campo de ninguna virtud. Abrimos vías y caminos, y allí esperamos que llegue a florecer lo que se llama virtud.

Asimismo, hemos forjado desde hace un tiempo un tercer ideal, que no estoy muy seguro de que pertenezca a la dimensión original de la experiencia analítica -el ideal de no-dependencia o, más exactamente, una suerte de profilaxis de la dependencia.

¿No hay aquí también un límite, una frontera muy sutil, que separa lo que le designamos al sujeto adulto como deseable en este registro y los modos bajo los que nos permitimos intervenir para que lo alcance?

Basta para ello recordar las reservas verdaderamente fundamentales, constitutivas, de la posición freudiana, en todo lo concerniente a la educación. Sin duda, nos vemos llevados a cada instante, y especialmente los psicoanalistas de niños, a avanzar en este dominio, a operar en la dimensión de lo que llamé en otro lado, en un sentido etimológico, una ortopedia. Pero es de todos modos llamativo que, tanto por los medios que empleamos, como por los mecanismos teóricos que colocamos en un primer plano, la ética del análisis -pues hay una- entrañe el borramiento, el oscurecimiento, el retroceso, incluso la ausencia de una dimensión cuyo término basta decir para percatarse de lo que nos separa de toda la articulación ética que nos precede -el hábito, el buen hábito.

Esto es algo a lo que nos referimos mucho menos en la medida en que la articulación del análisis se inscribe en términos harto diferentes de los traumas y su persistencia. Sin duda, hemos aprendido a atomizar ese trauma, esa impresión, esa marca, pero la esencia misma del inconsciente se inscribe en otro registro que aquel en el que, en la *Ética*, Aristóteles mismo acentúa con un juego de palabras, *éthos/êthos*.

Hay matices extremadamente sutiles que pueden centrarse en el término de carácter. La *ética* en Aristóteles es una ciencia del carácter.

Formación del carácter, dinámica de los hábitos, más aún, acción dirigida a los hábitos, al adiestramiento, a la educación. Deben recorrer esa obra tan ejemplar, aunque más no sea para medir la diferencia de los modos de pensamiento que son los nuestros con los de una de las formas más eminentes de la reflexión ética.



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2375)

Libros de
Miguel Oscar Menasa
a la venta en
e-libro.net

IV
MENASSA
Y
LA LIBERTAD DE ESCRIBIR

Hoy he tenido una idea genial, volver a publicar, volver a las tablas, al ruedo, como se dice.

Más de tres años de silencio, inexplicables, tanto el silencio como los años, habiendo tanto que decir.

Decir por ejemplo, que sigo siendo una fiera acorralada por sus propios fantasmas. Una fiera no ya tan feroz, y diciendo exactamente la verdad, han hecho de mí, una fiera un poco vieja. Mis conciudadanos más que ferocidad lo que ambicionan para mí, es que no me falte la comida.

Tendré que comenzar a escribir cómo veo yo las apariencias o terminarán diciendo de mí, cualquier cosa.

A veces me propongo narrar todo tal cual es y, claro, no soy exactamente un narrador, más bien poeta. Así, que más que narrar, condenso. Ilumino zonas oscuras. Pero nada sé de los espacios de claridad, pero nada sé de los procesos que me permiten transformar mi propia carne en versos.

Poco a poco voy estabilizando las cien mil relaciones que me fueron ofrecidas al llegar a Madrid, en dos o tres personas; quiero decir que, más que un camino lleno de aventuras, elijo el camino radiante, y por eso, intransitable de la poesía. Donde todo deja de ser lo que es. Los nombres propios son sólo palabras de unión y los sentimientos se transforman, aunque parezca mentira, también en palabras. El cielo para la poesía no tiene contenido, sino simplemente cinco letras y queda bien cada vez que la frase necesite para continuar, una palabra de dos sílabas.

No estoy maravillado con mi vida.
Estoy arteramente sorprendido por mi vida.
Como si hubiese vivido para otros y, ahora, no sé qué hacer con todo ese vivir que nadie quiere.

Bienaventurados los pobres de espíritu, me decía, porque de ellos será el reino de los cielos y resultaba que los pobres de espíritu eran generalmente los peores. Perros hambrientos de pobreza fatal, sin espíritu.

Soy un tipo que nunca alcanzará la fama. Un insulso mediocre, lleno de ilusiones. Algún día la vida va a cambiar y me lo digo cada vez y cada vez que me derrumbo, no me derrumbo porque sé, que la vida va a cambiar.

Antropófago de las horas libres, en mí vive el horror.
Muerte.
No quiero maldecirte porque otros te han maldecido y en mi locura por no hacer lo hecho, amada muerte, te bendigo. Reino a tu lado exactamente en mi provecho nuevas sombras de amor.

Soy un gusano vil, tratando de arrancarse el pellejo, que por otra parte, todo el pellejo es él.
Bienamada, te brindo este poema maltratado por el oro y la lujuria de comer y beber.
Te brindo este poema como se brindan sémenes oscuros.
Cristales y opalinas relucientes en la propia casa de la muerte.
Aquí estoy amada, con la muerte, construyendo un amor que nadie pudo.

Atado por mis vicios a sórdidas cadenas,
soy el topo maligno que escarba por las noches los secretos del mar.
Tratando de llegar y detenerme, tratando de ocultarme para no ser el vuelo de los pájaros.

Estoy cansado de bucear para adentro.
Inmóvil.
Apresado por la falta de cielo,
de tanto bucear para abajo.

Del brazo de la muerte llevo por fin a la ciudad. La ropa raída por las excavaciones, la vista cegada por el polvo marino y las circunstancias. Y sé, también, que otras injusticias han caído sobre mis ojos para cegarlos en mi ausencia.

Con los ojos raídos, entonces,
con las manos atadas a la espalda por las dictaduras.
Habitante del sur, tengo las piernas cortadas por las democracias y te lo digo, hoy llegué a la ciudad y vine acompañado por la muerte. Me sentaré a la mesa de un bar céntrico y esperaré que todo se destruya, después elegiré entre los escombros las piedras fundamentales de mis versos.
Comenzaré diciendo:



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2374)

Europa habrá de morir entre mis brazos, entre los sonidos, de mis pequeñas, garras latinas.

A solas con la muerte en la plena llanura nacarada,
soy el jinete muerto que galopa y, también, el impacto fatal sobre el jinete.
Soy el caballo negro que galopa y el mar abierto a las latitudes de la locura, a lo simplemente desconocido.

Viene del sur dirán, es el poeta.
Su amor ama la guerra y llegó a la ciudad acompañado por la muerte.

Yo soy el vértigo de las palabras que nunca me pertenecerán y ella, la que me acompaña, la muerte. ¿Qué quieren de nosotros? Yo soy un gusano vil y ella, mi baba. Arpegio de una nota dejada de lado y ella, un territorio donde sólo la muerte me acompaña.

Soy un artista, un hombre con sentimientos flojos, intercambiables; inteligencia mutable, afán de lo distinto y ella, es el arte, que al saberse superior es indiferente a todo.

A veces vamos por la ciudad como si ella y yo fuéramos el mundo. Se dan cuenta qué ferocidad raída, qué mirada ciega.
Y ella me compra manzanas y flores y yo me las como como si ella fuera mi madre.
Se dan cuenta qué sagacidad, qué bruma.

Vuelvo sobre mis pasos en el intento de contabilizar lo perdido, lo hallado.
Trozos, espejismos alucinantes donde la razón y el tiempo, son pequeñas verdades.

Comienzo por descubrir mis deseos:
Amplias lunas mojadas por las certeras lluvias del verano,
verano aquel donde sangrante y taciturno,
besé tu nombre oculto entre las piedras.

Zafiros,
esmeraldas enronquecidas por la falta de amor,
rodeaban tu cuerpo.

Era hermoso ver cómo morías entre la blanca espuma de tu rabia.

Atleta de mí mismo, corporal hasta con mis propias palabras,
me dije amar la belleza en otras circunstancias y te salvé.
Después fue duro explicarte que a mí, no me importaba tu pasado y que tus pequeños intentos de ser nada, eran mal vistos por la muerte, mi dama, mi única compañera en la ciudad.

Este año se cumplen veinte años de mi primera publicación y nadie que yo sepa, ha reparado en ello. Ni yo mismo tenía la energía para festejar semejante insistencia.

Veinte años tratando de ser una voz más allá de mi cuerpo y nadie ha de creer que estuve con los brazos cruzados; más de mil páginas de poesía y algunas frases sueltas que de reunir las serían otras mil páginas, atestiguan que no soy sólo un sobreviviente, sino más bien un conquistador, un hombre, si ustedes quieren, desesperado, tratando de escribir, lo que, todavía, nunca pasó.

Alguien, me digo, tendría que tener el coraje de publicar mis versos. Y todo lo que me rodea es una bruma de silencio. Me doy dos palmaditas en la espalda y me animo a tener el coraje que, por ahora, nadie tendrá por mí.

Decidido a publicar mi decimotercer libro estoy en condiciones de inspeccionar, una vez más, mis pertenencias:

Al filo de los cuarenta y dos años, llevo conmigo por lo menos para comenzar el inventario, cuatro certificaciones. Poeta. Médico. Padre de seis hijos. Pintor. Certificaciones que pareciendo tanto (imagino por ser extranjero) son insuficientes para brindarme una identidad intercambiable, con las identidades que, con menos certificaciones, consiguen los nativos.

Excluido del Colegio de Médicos de Madrid, por extranjero, a pesar del convenio de reciprocidad, por el cual mi título está legalizado por la Universidad Española y mi propia persona está autorizada a ejercer la licenciatura en medicina y cirugía en todo el territorio español, convenio, quiero decir, que el Ilustre Colegio Médico de Madrid no respeta.

Excluido de la generación de poetas del 60, porque mis mejores obras las escribí en la década del 70. Excluido de la genera-



Dibujo original de Miguel Oscar Menassa (D2385)

ción del 70 por pertenecer a la generación del 60. Excluido de la poesía española actual, a pesar de haber publicado en España cuatro libros, por ser argentino. Excluido de la poesía argentina actual, por vivir en España.

No digo que estoy desesperado, pero a veces es como si no pudiera más. Y sin embargo, la noche ha comenzado, todos duermen. Estoy en condiciones de asegurar que todos los murmullos que percibo son producidos por mi propia alma. Nadie vive en mí, en plena noche, sino yo mismo. Soy una especie de rey durante la noche. Gigante de mí mismo sobrepaso todas las barreras. Soy la belleza y, también, el detective privado de sí mismo, cuya locura, esa pasión, lo lleva a investigar sin planes precisos de un lado para otro porque, en especial, no le interesa ningún resultado.

Más que una máquina, de noche, cuando la oscuridad ha ganado, también, mi corazón, soy el eje, más importante de la máquina, fatalmente fragmentado para siempre.

Soy el todopoderoso que mientras vomita, sonrío. Cuando los tiempos donde nadie se acerca (periodos en los que mi lepra se perfila como muy contagiosa) la soledad siempre me tira una cuerda para que me ahorque y, sin embargo, yo soy un hombre capaz de sacarse a sí mismo de sus propias casillas. En esas ocasiones llego a pensar que soy el vientre del nuevo hombre. Y todavía cuando sea posible, me quedará aún la dura pena, de no ser el hombre nuevo, sino sólo su madre.

Espejismos sin límites esta materia gris que me acoge.

¡Qué locura!

Tantas veces pensé controlar mi cuerpo, administrar mis sentimientos.

Tantas veces pensé ser el mejor, rata negra y profunda, atada a sí misma, roía mi cuerpo. Para demostrarme a mí mismo, la capacidad de reconstruirme, la elegancia cuando vuelvo de la muerte como si volviera de una tasca.

De noche mis resistencias, son tenues niñas temblorosas, que más que resistir, recuerdan con su temblor que han sido vencidas. Soy un ogro temible y aún el que lo dibuja. Soy una voz en medio exacto de las tinieblas y vivo acosado por mis deudas.

Soy el pordiosero que clama venganza y no lo conseguirá. Me entrego a la alquimia de mi voz y me descompongo, aun, en partes más pequeñas. Soy el pequeño agujero donde tu rabia, conquista el universo. Soy el dedo de un pie, que te recuerda viejos olores campesinos. Soy el árbol prohibido y poseo los intocables frutos del saber y soy, al mismo tiempo, los frutos podridos que arrastra la corriente como pequeña carroña para pequeños pájaros.

Soy la bestia rosada que tiñe con su maldad los ritos del amor y soy el más encendido rito del amor, la hoguera donde la reunión de los amantes concede eternidad al mundo de las formas. Gritos espléndidos, fuegos de artificio desesperados, termitas enamoradas y salvajes, devoran lentamente a la rosada bestia de la maldad.

Decir que es fuerte lo que me toca vivir, no es decir, prácticamente, nada.

Lo que me toca vivir es nuevo, inesperado. Salí de Buenos Aires el 21 de agosto de 1976. Como exiliado pero voluntario, más que un exiliado, un hombre que no sabe exactamente qué dirección irá a tomar. Todos me trataron mal, los que se quedaron por haberme ido sin necesidad de un lugar, y los que me recibieron, por llegar a un lugar donde, por lo menos aparentemente, nadie me necesitaba.

Después de mil intentos desesperados, mil cartas a Buenos Aires sin obtener la respuesta deseada, mil caminatas por las calles de Madrid buscando el reconocimiento deseado sin hallarlo. Me recomendé reposo y con mis últimos dineros me compré una inmensa máquina de escribir y desde hace más de tres años ya no escribo cartas y tampoco salgo de mi casa. Médico antes de nacer, ya que mi padre lo deseaba así, me fui dando cuenta que la tristeza, la soledad, habían transformado mi personalidad.

El amor me parecía imposible, la libertad lejana. Los humanos me parecían muy preocupados en crecer y matarse y comencé a relacionarme con los extraterrestres, unos humanos estelares con base en la quinta luna de Saturno.

Tienen sexo y deseos sexuales y un único problema como nosotros: el tiempo y la muerte. Y como, por otra parte, no nece-

sitan verse para hablarse, se divierten poco. Para no morir, tienen que viajar todo el tiempo y mientras viajan, para no pensar en detenerse, escriben. Viven 7.000 años más allá que yo, pero viven casi como yo, que estoy todo el tiempo viajando y escribo cuando me quiero matar o alguien intenta asesinarme.

En el zoológico de los extraterrestres, humanos mucho más parecidos a nosotros, en jaulas, se lo pasan todo el día haciendo el amor y clamando por la libertad y, todavía, para hablarse, necesitan verse, mirarse a los ojos.

Haciendo gala de mi impertinencia les pregunté si esos eran sus animales y ellos me contestaron con sobriedad, haciendo mención de mi sarcasmo, que eso que yo veía eran los nuevos y más avanzados tratamientos psiquiátricos contra la angustia.

Le dije con sorna, al guía, que nosotros éramos más modernos que ellos y el guía sonrió.

Le dije que no se hiciera el pelotudo, el guía me dijo que no comprendía lo que yo exactamente quería decirle. Bajé la voz y le dije casi susurrando, lo que ustedes hacen con esos hombres es muy cruel. Y aquí, el guía, estalló en una carcajada y mientras con las dos manos se agarraba la barriga para reírse mejor, trataba de explicarme que llegar a una jaula era muy difícil. Ellos son nuestros amos y nos han impartido órdenes estrictas de matarlos si intentan salir de las jaulas. Lo miré al guía como se miran las cosas desconocidas y, ahora sí, digo la verdad, desde este encuentro, hace dos años, no he vuelto a intentar hablar con nadie.

SU SALUD DENTAL
MÁS CERCA QUE NUNCA



Clínica Dental Grupo Cero

CUIDE SU BOCA
AÚN EN ÉPOCA DE CRISIS

10% descuento
con Tarjeta Joven y Tercera Edad
en todos los tratamientos

- Primera visita y revisiones gratuitas
- Prótesis completa (superior o inferior) 400 €
- Empastes desde 30 €
- Endodoncias desde 75 €
- Coronas o funda desde 200 €
- Blanqueamientos desde 100 €
- Implante más funda desde 850 €

ORTODONCIA

Consulta y orientación del caso: *Gratuito*

Descuentos especiales
en el tratamiento de ortodoncia
de los familiares de nuestros pacientes

Aceptamos pago con tarjeta

Pida cita en el tlf.: 91 548 01 65
De Lunes a Sábado de 10 a 14hs y de 16 a 20hs



DESCUBRA LA TRANQUILIDAD
DE UNA ATENCIÓN PERSONALIZADA
ADECUADA A SUS NECESIDADES

CALLE DUQUE DE OSUNA, 4, LOCAL 1
METRO PLAZA DE ESPAÑA
TEL. 91 548 01 65

Sólo estos versos que voy a leerles son testimonio de mis transformaciones.

Hubo días y noches que no encontraba consuelo y los versos se agolpaban como caballos furiosos en mis manos y mi boca sangraba de tanto querer detener las palabras como cataratas de fuego. Y todo lo que me dominaba estaba en mí, esos días, esas noches, digo, cuando la página escrita era el único sobreviviente.

Después, también, hubo días y noches apacibles donde yo era la bestia y ella era el cantor. Como un toro, como un conejo libre y despreocupado, yo siempre quería un hijo de ella.

Ella bailaba una danza más allá de su cuerpo girando a mi alrededor, hasta enloquecerme.

Totalmente loco, me dejaba amar.

Depositaba mi cuerpo muerto a sus pies, dispuesto a todo. Ella seguía danzando por su cuenta y me dejaba estar.

En cada pedazo de su carne, en cada poro de sus pies, yo veía una luz. Ardiente luz, sus ojos, enceguecido trópico sangrante, mirada perfectamente astral. Esos días, esas noches, donde ella cantaba y yo era la bestia del amor ninguno de los dos sucumbía y ella veía por instantes, todo mi futuro.

Me vanaglorio de haberme permitido escribir estos espacios en blanco, que suelo producir entre verso y verso, entre realidad y realidad. No estoy para decir vengo del sur, hoy más bien, quiero recomendarme un paseo por la ciudad. Ampliar mi corazón para que entren los nuevos monumentos. Ampliar mi corazón, engañar a la muerte, enamorarme por fin, de una mujer.

Atrapo en mi boca la luz de un pequeño misterio.
Soy un caballo muerto,
una yegua partida en dos por la mañana.

Llanura de verdad,
ojos de piel y amianto,
llama embravecida en tus ojos,
anfíbio mar entre la tierra y el universo.
Vuelvo mi sonrisa,
para que me recojas hecho trizas entre tus brazos.
Vertiente y simiente desesperada,
pequeña muralla contra el hambriento cáncer silencioso.

Te nombro y te nombro, dura piedra innombrable.
Te vigilo. Te espero agazapado.
Con la boca y el culo abiertos,
porque todo lo que entrará en mí, saldrá de mí.
palabras para las primitivas cloacas y sus misterios.

Suelto una bocanada de humo caliente,
contra tu deformidad,
pequeño cáncer estrangulado entre mis palabras antes de nacer.
Detengo tu locura. Tu fama de matar.

Tendría que poder escribir también de aquello que no me gusta escribir.

Cuando me pongo en mí, me veo mutado, ajeno a todo mi pasado.
Alcahuete del tiempo de la masacre y, también, del tiempo de volar,
padezco de contradicciones por momentos insalvables.

Encontrar la luz apropiada al ritmo interior,
descansar,
dejar caer mi cuerpo en la niebla.
Soñar,
respirar profundamente la niebla,
hundirme lentamente en la oscuridad,
en silencio.

Soy un hombre maduro y, me doy cuenta que en estos tiempos que corren, la madurez significa venderse a los valores dominantes de la burguesía. Venta que se cumple mediante una plétora de conciencia individual pero con total desconocimiento de la significación histórica de nuestra propia, renegada transformación.

Si el todo poético es el todo humano, el todo poético está también en mí.

Basta de miradas seductoras a los muertos, o a quien lo parezca.

Hoy nadie podría crecer en mi jardín. Me siento excedido. Hoy ocupó más de lo que tengo.

Hacia atrás dolor, hacia adelante oscuridad, barreras.
Tengo miedo que ocurran catástrofes. La cultura actual, me digo entre suspiros, no podrá soportar semejante escritura.

Una poesía que lucha por no tener fronteras, terminará siendo encarcelada.

Reprimida.

Pienso mal, no sé qué pasa en mí. Siento que los que hoy son

los amantes de la poesía, mañana serán sus carceleros.

Yo mismo seré, el jefe de la cárcel.
¿Y ahora qué quieres que te diga? ¿que todo tiempo pasado fue mejor?

Yo soy uno que se propuso morir de pie. Y habérmelo propuesto me cuesta su esfuerzo. A veces voy por la calle que no doy más y me reanimo pensando que a la noche, escribiré un poema. Un poema donde me pregunto ¿quién no se quiere doblegar en mí, cuando todo el mundo vive doblegado? o bien un poema que me haga sangrar las manos cuando lo escriba.

Quiero morir de pie como mueren los valientes.

De pie, aunque me corten las piernas. De pie, aunque me maten.

Siempre confío que habrá palabras que me mantengan en pie, y para no caer en medio de la calle, esta noche, me digo, escribiré un poema de piedra.

Soy el fino perfume de una tierra perfectamente helada.

Esta noche me ofrezco para ti, calcinado en dolor, entrecortado de silencios.

Busco entre las palabras tu cuerpo amado
y mis versos se inundan de tristeza.

Una silenciosa tristeza moribunda.

Ocre piedra maciza donde grabo,
con insospechada precisión,
la historia de tus cuerpos:
Endeble mariposa multicolor y quieta,
sin alas, sin ambiciones de volar.
Canto rodado de una playa muerta.

Playa olvidada del frenesí del mar.

Inquietante deseo el de tu cuerpo.
Amordazado.
Inquietante amor el de tu sexo,
enterrado,
bajo la quieta arena de la muerte,
por donde el viento no volverá a pasar.

También he conocido tu cuerpo sin par.
Abierto.

Grandes ocasiones,
donde todo se destruye o todo se olvida.

Tu cuerpo, pétalo frágil en mis labios.

Tu cuerpo,
lleno de multitudes y borrascas.
Humana carne de enloquecerse y de vivir.
Tu cuerpo,
carne bestial de luz,
pájaro alborozado de su vuelo,
tu cuerpo en los abrazos.
Besos donde tu boca,
perfecta arquitectura de la magia, arranca del silencio,
trozos, breves jirones, aullidos de libertad.

Como si todo fuera el rubio manjar de aquellos brazos,
donde opulentas matronas tejían entre sus uñas,
el sortilegio de lo humano.

Verifico una vez más mis pertenencias y en realidad poco es lo que de todo, me pertenece. Controló las existencias de pan y, pienso: en poco tiempo más estallará la guerra. Tengo una sequedad mortal en la boca.

Como si toda mi boca fuese un desierto de sal.

Fuego arbitrario y loco, mi pecho salta desaforado. Ajados huracanes me recuerdan antiguas grandezas.

Esas noches donde soy capaz de poseerte, maldita enamorada.
Busco, más que en la piel, entre las letras de tu piel, el sonido amplio del universo. Estalactitas y modernos roedores afilan sus espadas. Esta vez el juego es: gato contra gato, ratón contra ratón. Nadie podrá correr detrás de nadie, y nadie podrá escapar de nadie. Todo tendrá que ser, en el recorrido de una página.

Volveremos a estar juntos, mi amor, cada vez que un latigazo feroz, deforme la belleza. Seremos mi amor, los famosos atletas del desvío. Nada que pase por nosotros, será nosotros. Somos lo que una canción produce en dos enamorados, no somos la canción.

Somos el fruto maduro de una estación lejana.

En plena noche, Ella sigue siendo mi luz
y descansar,
me parece absurdo en su presencia.

Ella produce luz cuando vibra su cuerpo,
cuando su cuerpo tiembla de volcanes perdidos,
de volcanes abiertos cual pestilente herida,
escupiendo y llorando,
calientes tempestades de silencio.

Abro los ojos para verla temblar
y Ella me enceguece con su luz.

Cuando su cuerpo recorre los escándalos de la noche,
cuando su cuerpo se detiene, violín interminable,
en infinitas notas imposibles,
como una música loca de silencio
la luz, infinita luz, se enceguece a sí misma.
Al compás de los últimos movimientos de su cuerpo
todo es gris.

Cuando la lluvia te parte el corazón,
como cuando en invierno,
las heladas razones del odio, en tu cuerpo,
hacen fracasar todo temblor, todo sueño.
Y el gris,
es más que la soledad,
más que el silencio,
como cuando las piedras se defienden de las piedras,
como cuando la noche estalla de oscuridad y sombras.

Reina la noche y, sin embargo,
Ella, todavía, es poesía.

Animal de luz,
bestia del tiempo baila para mí,
última danza.

Se contornea y salta entre la muerte y la locura,
sin brusquedad, como danzando entre corales,
como danzando entre nubes ardientes de plenitud,
su cuerpo es el amor,
es el amor que nos lleva más lejos que la muerte.
Amor de amores, más imposible, aún, que la locura.

Amor no sabe nada de la vida
es una carne abierta a las palabras más pequeñas.

Amor no reina sobre nada,
danza sin esperar respuesta,
como si la vida fuera su compás.
Furtiva,
entre la espesa niebla donde se pudre el tiempo,
envuelta en mis palabras más hondas,
clavada o crucificada por el amor,
sonríe,
abierta como una nube partida por el sol.

Yo era el inefable hombre de las cavernas,
buitre feroz, en busca de carroña,
caía, con toda mi destreza,
sobre tu pequeño tiempo muerto entre la niebla,
y me lo comía.

STAFF EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

DIRECTOR:

Miguel Oscar Menassa

Secretaría de Redacción: María Chévez
Tesorero: Carlos Fernández del Ganso
Responsables de este número:
Magdalena Salamanca y Manuel Menassa

Correspondencia:

María Chévez (mariachevez@grupocero.org)
Carlos Fernández (carlos@carlosfernandezdelganso.com)
Juventud Grupo Cero (grupocerojuventud@gmail.com)

c/ DUQUE DE OSUNA, 4
28015 MADRID (ESPAÑA).
Teléfono: 91 758 19 40 - Fax: 91 758 19 41

c/ MANSILLA, 2686 PB 2 1^{er} Cuerpo
(14 25) BUENOS AIRES (ARGENTINA).
Teléfono: 4966-1710/13

www.grupocero.org
MADRID: grupocero@grupocero.org
BUENOS AIRES: grupocero@fibertel.com.ar

DPTO. DE CLÍNICA PSICOANALÍTICA GRUPOCERO

Contamos con un amplio equipo de profesionales especializados

Lo que nos distingue es la cuidada formación de nuestros psicoanalistas

Psicoanalizarse es invertir en usted mismo, en su salud. Su mejor inversión.

ESPAÑA

c/ Duque de Osuna, 4 (local)
Tel. 91 758 19 40
actividades@grupocero.info
www.grupocero.org

ESCUELA DE PSICOANÁLISIS GRUPO CERO

Seminario Sigmund Freud

Seminario Jacques Lacan

Seminario de Medicina Psicosomática

ARGENTINA

c/ Mansilla 2686 planta baja
Tel. 00 5411 4966 1710 / 1713
grupocero@fibertel.com.ar
www.grupocerobuenosaires.com

ESCUELA DE POESÍA GRUPO CERO

Talleres de Poesía

Talleres de Cine

Talleres de Pintura

BRASIL

Rua Cabral, 225 (51) 3024 2829
Barrio Río Branco
Porto Alegre / RS
contato@grupocerobrasil.com
www.grupocerobrasil.com.br

WEBS RECOMENDADAS

www.grupocero.org

www.editorialgrupocero.com

www.momgallery.com

OFERTA PARA JÓVENES
Una sesión a la semana
150 € al mes

**ASOCIACIÓN JUVENTUD
GRUPO CERO**